CONSIDERACIONES DEL TRADUCTOR (1)

Deseoso de iniciarme en las peripecias de un drama, cuyo desenlace había previsto antes de la partida á México de los jóvenes archiduques de Austria, acabo de traducir la primera serie de las ULTIMAS HORAS DEL IMPERIO. Esta obra es debida á la pluma del general Arellano, uno de los últimos defensores del augusto mártir de Querétaro. El triste recuerdo del Imperio efímero de Maximiliano I, no será extinguido en el lago de sangre que la tierra mexicana no consume aún.

El pensamiento de la expedición francesa en México y del establecimiento de un Imperio en el país que domina el golfo, donde debe dirimirse, antes de poco, entre latinos y anglosajones, la gran cuestión de la supremacía universal, perdurará como uno de los más grandes que hayan sido concebidos en el siglo; y cuanto mejor se conozcan las causas que lo han hecho fracasar, tanto más

(1) Estas consideraciones salen á luz por primera vez en castellano.

sentiráse acrecer el desprecio ó la piedad para la mayor parte de los hombres encargados de realizarlo.

De cualquier modo, los actos de esos hombres no son un argumento contra el pensamiento, vencido en apariencia. La prueba es que hoy, para toda la gente seria, es preciso ó que la raza latina trabaje de nuevo en realizarlo ó que renuncie para siempre á su influencia sobre los pueblos de que fué en otro tiempo el iniciador.

De todas las regiones americanas, México es la más rica y fértil. Hace seis años, como hoy, los recuerdos del pasado, las lecciones del presente y los peligros del porvenir, ó imponían á este país la restauración del gobierno monárquico ó al menos el ejercicio de una dictadura dilatada y capaz de someter de una vez á instituciones regulares á las poblaciones devastadas por la anarquía.

Por lo demás, el sentimiento monárquico absoluto está de tal modo arraigado entre las diferentes razas, cuyos descendientes pueblan todavía el vasto territorio de Nueva España, que cincuenta años de luchas revolucionarias no han sido suficientes para quebrantarlo.

En México, las instituciones monárquicas se pierden en la noche de los tiempos. Haciendo á un lado sus orígenes misteriosos, conviene seguir el progreso de su influencia

sobre las poblaciones que han ocupado sucesivamente este país, desde la primera de las grandes emigraciones, de la región norte del Anáhuac hacia la planicie central de la cordillera de los Andes, y comprobar que el gobierno de uno solo ha prevalecido siempre entre ellas.

Los toltecas se detuvieron primero en la planicie de que acabamos de hablar. Allí construyeron numerosas ciudades, de las cuales los siglos han respetado algunas, y cuyas ruinas, en su mayor parte, causan todavía admiración y asombro. Reyes hereditarios gobernaron siempre esta nación, destruida más tarde por la guerra, la peste y el hambre.

Los chichimecas, venidos también del norte y causa principal de la destrucción de los toltecas, corrieron igual suerte, pero siempre obedeciendo á la ley de uno solo, fortalecida por la herencia. En fin, llegaron los aztecas, cuyas excepcionales condiciones físicas y morales y cuya índole guerrera y aventurera debían colocarles en posición de anonadar ó absorber pronto á las poblaciones á cuyo seno habían llegado, igualmente del norte, en busca de refugio contra la miseria.

Fué en el pintoresco valle de México, en las célebres riberas del lago de Texcoco, donde los aztecas se establecieron. Allí fueron sometidos desde luego á las leyes duras que

les impusieron las naciones cuya hospitalidad habían implorado. Pero bien pronto, obedeciendo á su naturaleza emprendedora, y sintiéndose llamados para grandes destinos, entraron en lucha con ellas y no tardaron en triunfar. Como los romanos, fundaron un mismo imperio, aliándose sucesivamente con los vencidos, que absorbían en seguida; y, cuando los españoles llegaron á México, de que hicieron pronto la más rica de sus colonias, encontraron en Moctezuma al descendiente hereditario de los soberanos absolutos, bajo cuyo cetro los aztecas no habían dejado de existir y prosperar.

Nunca, pues, las razas nativas han conocido y querido conocer otra forma política que la de la monarquía absoluta ó de la dictadura, que es exactamente la misma cosa.

Después del reinado de Carlos V, que pudo añadir á sus numerosas coronas la del Nuevo Mundo, desafiando así al sol que desaparecía una hora de sus Estados, hasta el reinado de Fernando VII, en que la ruindad y traición de sus generales le despojaron de esta corona por instigación de Inglaterra, México ha sido gobernado por sesenta y dos virreyes, que el gobierno español envió allí. La sangre europea, al mezclarse con la que corría en las venas de las razas indias del Anáhuac, modificó profundamente el carác-

ter, las ideas religiosas, los usos y las costumbres de los habitantes de México; pero el sistema colonial de los españoles, lejos de debilitar su respeto y obediencia pasiva al poder soberano, no hizo más que aumentarlos y acabó por ahogar en su espíritu hasta la idea misma de la libertad, tal cual la comprenden los pueblos anglosajones.

Iturbide, soldado de fortuna, cuya carrera fué tan brillante como sus antecedentes, conquistó la independencia de México; mas apenas el nuevo Estado entró, el año 1821, en la gran familia de las naciones árbitras de sí mismas, afirmó sus tendencias monárquicas y ofreció la corona á la casa de los Borbones, entonces reinante en España. No se comprende cómo esta casa rehusó aceptarla, cuando se sabía los medios á que recurrió Inglaterra para debilitar en el mundo la influencia de las naciones latinas. La sublevación de Riego fué un desquite del pavor infundido á la corte de Isabel por la invencible Armada.

Ante esta repulsa, la Regencia, que había gobernado el país desde la proclamación de la Independencia, cedió el lugar al Imperio del libertador mismo, que fué aclamado con el nombre de Agustín I. ¿Qué otro testimonio más palpable podríase invocar para establecer las verdaderas tendencias de los mexicanos, al día siguiente todavía de su ma-

numisión del dominio español? Las divisiones de partidos, los odios fomentados por una lucha de once años, las ambiciones personales no satisfechas, las aspiraciones impacientes de los segundos del nuevo Emperador, que malquistaban su trono y rompían en sus manos el cetro que acababa de empuñar, prueban que nada es tan difícil como imponer por soberano á una nación á aquel que ha crecido de ciudadano sencillo entre sus hijos, que no pueden manifestar tendencias republicanas en un pueblo, el cual desde el día en que Iturbide debió abdicar en Tacubaya, no ha dejado, al contrario, de tender al restablecimiento de un poder enérgico y fuerte. Santa Anna no sostuvo la República, después de la muerte de Iturbide, sino por temor á la suerte que le cupo al Libertador, cuya sangre vertida debía ser de mal agüero á la institución manchada en ella. El nuevo amo, que debía un día preciarse del título de Alteza Serenísima, no se dió cuenta entonces de la obra que consumaba, puesto que la combatió más tarde él mismo en sus resultados; pero á partir desde el día de su triunfo, México fué lanzado hacia la pendiente fatal del abismo, tanto por la mano de los Estados Unidos, como por la de la anarquía interior, que alimentaron constantemente con sus subsidios y protecciones ocultas.

Gracias á los esfuerzos de los Estados Unidos en el Nuevo Mundo y á los de Inglaterra en el antiguo México, fué convertido, á la muerte de Iturbide, en una liza, en la cual las ambiciones personales, los intereses más despreciables y los más opuestos á los de la vieja Europa, los instintos políticos menos honrosos, no dejaron de tomar por juguete á la mayoría de los habitantes honrados y pacíficos, explotada audazmente desde entonces en beneficio de minorías rivales y turbulentas. La acción de estas minorías ha desmoralizado á una sociedad, entregada al desorden y al pillaje, al extinguir en ella, una por una, todas las esperanzas concebidas en la felicidad pública y al paralizar los ensayos intentados muchas veces con el fin de libertarla.

De 1821 á 1861, las rebeliones sucesivas de sus generales y sus presidentes, los nuos contra los otros, han impuesto á la nación mexicana, teniendo en cuenta el imperio de Iturbide, la república federal, la república unitaria y la dictadura, bajo la administración de dos regentes, de un gobierno provisional, de un emperador y de cincuenta y dos presidentes ó dictadores investidos por orden sucesivo, directamente, en el ínterin ó á intervalos, de poder supremo.

Pero en el seno de este caos perpetuo, re-

sultado de un ensayo imposible de instituciones para las que el país no estaba preparado, la mayoría de los mexicanos ha protestado siempre y ha intentado repetidas veces una restauración monárquica, en relación con sus costumbres. La población pacífica y sensata sabía bien que esta restauración podía sólamente hacerla gozar de la libertad, tal cual la comprenden los pueblos latinos, y preservar la independencia nacional de los ataques de que ha estado amenazada siempre, desde su origen, por un vecino tan envidioso como potente.

El genio de Chateaubriand no podía desconocer las tendencias de las antiguas colonias españolas y sobre todo de qué importancia era para la Europa latina la restauración deseada ardientemente por Nueva España y las provincias argentinas. La diplomacia francesa, inspirada por él en 1823, hizo esfuerzos reales para inducir á la corte de España á compartir á este respecto la opinión de Francia. Si ella hubiese podido salir feliz en su empresa, no sólamente los intereses de la Europa latina en el Nuevo Mundo y los de las poblaciones latinas de América se hubieran salvado, sino España no habría tenido que atravesar desde entonces las crisis de que perecerá quizá á su vez. Fernando VII se opuso con persistencia á los proyectos del gran-

de escritor. Inglaterra no tenía agentes á centenares en Madrid, Barcelona y el Escorial para impedir que una reciprocidad de la Europa continental no pusiera obstáculo, en América, á esta libertad de comercio, en cuyo nombre tantas naciones han estado por ella y están aún hoy condenadas á sucumbir en la anarquía.

Se puede tener idea de la fuerza de las tendencias monárquicas de los mexicanos, leyendo atentamente la obra que don José Hidalgo publicó con el título de *Notas para servir á la historia de los proyectos de restauración monárquica en México.* El autor, antiguo ministro plenipotenciario de México en la corte de Francia, desempeña un gran papel en los acontecimientos que precedieron al advenimiento de Maximiliano. Su autoridad en la materia es, pues, indiscutible. He aquí, además, hechos y fechas.

En 1827, el padre Arenas, que fué pasado por las armas con sus cómplices clericales, intenta la restauración del poder de los españoles. En la misma época, de Villele, sucesor de Chateaubriand, insiste, bajo una forma nueva, con Fernando VII, y apoya cerca de este soberano la candidatura del infante don Francisco de Paula al trono de Moctezuma, haciendo presente que bastaba para que tuviera buen éxito, que respondiese á las as-

piraciones de México, expresadas claramente en el tratado de Córdoba y el plan de Iguala. El ministro inglés Canning despierta en el espíritu de Fernando VII un sentimiento de envidia, cuya explosión impide que termine la obra de Villele, y obliga á Carlos X á renunciar del todo á los proyectos de Francia, por deferencia al monarca español.

En 1840, Gutiérrez Estrada, mexicano ilustre, patriota desinteresado, que ha consagrado toda su vida y toda su inteligencia al triunfo de una idea justa, propone al presidente Bustamante estudiar oficialmente la cuestión de saber si era inoportuno convocar una asamblea que decidiera entre la conservación de las instituciones republicanas ó el restablecimiento de las instituciones monárquicas, y para que, en este último caso, se llamase al trono á un príncipe extranjero. Se comprende de que modo esta proposición debió ser acogida por los hombres investidos del poder. Gutiérrez Estrada hallóse obligado á expatriarse, pero llevaba consigo el alma de su país.

Siempre en aumento la anarquía, el general Paredes, la primera inteligencia militar de México, se subleva en 1845 contra el sistema de gobierno entonces en vigor. Elevado á la presidencia, se ocupa, con apoyo del pueblo conservador, en preparar en el exterior y el interior la deseada restauración. Ala-

mán, cuyo genio como político é historiador es incontestable, combate en esta época, en el periódico *El Tiempo*, por el triunfo de la idea monárquica; pero la Europa latina se olvida todavía de sí misma: Paredes cae y la invasión de los Estados Unidos hace imposible la elevación al trono del hermano político de la reina de España, el infante don Enrique, candidato entonces de los mexicanos.

El partido que acababa de vender á los Estados Unidos, por un plato de lentejas, más de la mitad del territorio nacional, cedió luego el poder al general Santa Anna. Este general, investido de autoridad dictatorial y autorizado ampliamente para dar al gobierno la forma política que juzgase más conveniente, hace cuanto puede por restaurar la monarquía y confía esta vez oficialmente á Gutiérrez Estrada el arreglo de las negociaciones, que se frustran á consecuencia de la revolución española, de la guerra de Crimea y en fin de la nueva caída de Santa Anna.

Al gobierno emanado de la revolución de Ayutla sucede, en 1858, la administración de Zuloaga, que solicita inmediatamente el apoyo de Europa, y en particular el de Francia, para consolidar el orden en México. El gobierno francés exige la intervención de Inglaterra y los Estados Unidos, á la vez que la suya; España se obstina en su indiferencia,

sin pensar que por ella será castigada temprano ó tarde con la pérdida de la isla de Cuba; y Zuloaga sucumbe ante la anarquía.

El Gobierno provisional de Almonte declaró el año 1862, en Orizaba, que el presidente Miramón había solicitado igualmente la intervención de Europa. Miramón desmintió categóricamente esta afirmación, desde los Estados Unidos, donde se encontraba entonces, y desafió á la Regencia á publicar los documentos oficiales sobre los que se apoyaba para emitir semejante especie, que debían estar en México. Los documentos no se publicaron. Es verdad, sin embargo, que bajo la presidencia de Miramón, el general Almonte, su representante en París, encomendó á varios escritores, cuyas opiniones eran conformes á las suyas, publicar artículos y folletos acerca de la necesidad de una intervención europea en México.

La idea de una restauración monárquica había recorrido las diversas fases que acabamos de referir, cuando los excesos y las violencias del gobierno de Juárez pusieron en fin á Francia, Inglaterra y España en la imposibilidad de retroceder por más tiempo ante el propósito de una expedición. La Convención de Londres fué firmada; mas, antes de tratar de este asunto, es necesario decir algunas palabras sobre el carácter distintivo

de los partidos que han dominado sucesivamente en México, desde la proclamación de su independencia.

Ignórase por completo en Europa las condiciones de existencia y la naturaleza de estos partidos. Su designación no tendría para nosotros el significado que tiene para ellos. La oposición ha empleado con provecho nuestra ignorancia á este respecto para satisfacer sus pasiones egoistas en perjuicio de nuestros intereses; pero la verdad es que la poca atención prestada al estudio de la historia de los sucesos acaecidos entre los pueblos hispano americanos, es causa de que nuestros oradores y publicistas más ilustres desbarren cuando se ocupan, en la tribuna ó la prensa, en las cuestiones que tienen relación con aquéllos. Por esto la opinión pública ha sido extraviada en estos últimos tiempos; y los gobiernos, cuya tendencia fatal es hoy obedecer al impulso de las masas, en vez de imponerles la suya, obran en contrario á los derechos y los intereses de Occidente, cuantas veces se levanta entre nosotros el espantajo de la pretendida democracia americana.

Si los hombres que personifican en México el partido conservador, vivieran en Europa, es evidente que nuestros partidos más avanzados tendrían por muy honroso verlos figurar en sus filas. Amigos sinceros de la

independencia individual, que es la libertad propiamente dicha, están acostumbrados á ejercer todas las prácticas, sin haberse entregado nunca, con todo eso, al culto de la utopía. En cuanto á la audaz minoría, denominada liberal, no sabría tener nada de común aun con aquellos de nuestros conciudadanos que se han dejado llevar de los más grandes excesos demagógicos. Julio Favre no admitiría un instante que se estableciera la menor comparación entre él y ciertos jefes de esta minoría, si hubiera estado en posición de conocerles y apreciarles. Agentes en su mayor parte de los Estados Unidos, no aspiran á la libertad, sino á la absorción de su país; y como saben bien que ésta sólo será posible cuando él ya no exista moralmente, no perdonan medio para bastardearlo, entregándolo para ello á todos los horrores de la guerra civil.

Los dos partidos, admitiendo que el segundo merece ser así llamado, surgieron tales desde que estalló en México la insurrección contra el dominio español. El pretendido partido liberal ensayó conquistar la independencia, cuya proclamación fué el fin constante de las intrigas anglo-sajonas, pero retardó diez años su conquista. El partido conservador fué el que, bajo la dirección de Iturbide, la selló con su sangre, tras algunos meses de

luchas heroicas y leales; habiéndose intentado desde entonces, por todos los medios, arrebatarle el precio.

La independencia de México, conquistada y regularizada por los conservadores, no podía ser un peligro para los intereses latinos. La nueva nación, entrada en posesión de sí misma, ocupaba una situación geográfica maravillosa. Dominaba los dos mares. Las estaciones son en México una eterna primavera. La riqueza fabulosa de sus entrañas la ha colocado en posición de proveer de oro al resto del mundo. Su vasta extensión permitía á las poblaciones occidentales de Europa el enviarle su demasía; y he aquí justamente lo que Inglaterra luego y los Estados Unidos después quisieron impedir á toda costa, y de lo que Francia se habría preocupado incesantemente si su gobierno fuera digno de la misión que se ha hecho cargo de cumplir en el mundo.

Los Estados Unidos tuvieron sólo un pensamiento, desde que México se hizo independiente: hacerle teatro de una incesante anarquía, fomentar con este objeto discusiones sin término, armar á los partidos y subvencionarlos, apoderarse de todas las partes de su territorio y llegar así, por el dominio de todo el continente americano, á imponer más tarde su voluntad á los demás continentes.

El primer embajador que enviaron los Estados Unidos cerca del gobierno mexicano, tuvo por verdadera misión, no representar á su país, sino sembrar en México el germen de la discordia civil á fuerza de dinero, la creación de sociedades secretas, cuyo vasto y disolvente sistema no tardó en envolver á la joven nación. Las esperanzas concebidas fueron pronto colmadas. Los pueblos entusiastas llegan á ser rápidamente los mejores instrumentos de su pérdida, cuando sólidas instituciones no los protegen contra sí mismos. La agricultura, la industria, el comercio, las ciencias, las artes, la política, las costumbres y hasta las pasiones, fueron prontamente atacados de consunción, fomentada por la perfidia. Fuerza interior, prestigio exterior: todo fué anonadado; y, cuando los males del cuerpo social mexicano hubieron llegado á su colmo, la Unión Americana extendió su mano colosal, que retiró llena de la mayor parte del territorio de la nación, traicionada por la fortuna y abandonada por idiotismo de la Europa constitucional.

Esto no bastaba á la ambición de los Estados Unidos. Apenas terminada la guerra, que había costado á México tan inmenso sacrificio, el partido liberal, á instigación de la Casa Blanca, reanudó su obra con singular audacia; pero fué hasta 1855, después de la

revolución de Ayutla, cuando pudo, luego de haber derribado á Santa Anna, llevar de nuevo al colmo la anarquía y las desgracias de su patria. Los liberales tomaron empeño en extralimitar los excesos de la Revolución francesa, cuya causa sublime eran incapaces de comprender. Dejaron que agentes á sueldo de los Estados Unidos invadiesen la administración y el ejército, contrariaron de frente todas las tradiciones, hirieron todas las creencias, mancillaron las costumbres, pervirtieron los usos, imaginaron y decretaron una Constitución, que no podía aplicarse un solo día, pero cuya forma y principios disolventes han servido de pretexto, durante once años consecutivos, á actos odiosos que han hecho correr torrentes de sangre y de lágrimas.

Mientras que los agentes de los Estados Unidos empeñábanse, por aversión á Europa, en acabar su obra demoledora, el partido conservador llega un instante á separar del poder á sus adversarios. Pero á éstos les bastaba dar aviso á la Unión Americana para recibir recursos en numerario, armas y hombres. Así no tardaron en ganar terreno, y los conservadores permanecieron combatiendo.

Entonces la demagogia mexicana realizó lo que los Estados Unidos habíanle ordena-

do emprender con el nombre de *Reforma*. Se trataba de la ejecución de un vasto proyecto de regeneración, que debía rematar en realidad en la venta y la disipación inmediata de los inmensos bienes de manos muertas, cuyo producto, administrado regularmente, habría podido servir de base para la creación del crédito público mexicano y la consolidación de un estado de cosas floreciente.

Como un reto nuevo y más insultante aún que todos los lanzados precedentemente á la Europa latina, seis meses después de esta venta, cuyo producto ponía á la disposición de Juárez la totalidad de las riquezas, de que sus predecesores no habían podido nunca disponer, el gobierno liberal mexicano hizo bancarrota y decidió suspender durante dos años el pago de los intereses de la deuda extranjera. Por otra parte, el bandidaje tomaba en México, con respecto á los europeos, proporciones extraordinarias: eran públicamente asesinados sin que se pudiera obtener ninguna clase de satisfacción; los ministros plenipotenciarios no tenían más que abandonar un país, donde eran objeto de desprecio mal disimulado.

La hora había llegado, pues, para Europa, de intervenir y persistir en su intervención, hasta que un gobierno sólido le hubiere garantido, después de la partida de sus ejérci-